



El portón invisible

Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

Una carta de Juan Ramón Jiménez

Señor don Hugo Rodríguez Alcalá

Asunción, Paraguay

Querido poeta amigo:

he recibido su bondadosa carta, con los dos poemas suyos y las dos traducciones de Helen y Donald Fogelquist, mis amigos inolvidables de Miami y Annapolis.

Sí, usted es un poeta, y si a usted le satisface que un viejo aspirante a poeta, enamorado de la belleza se lo diga, se lo digo. Tiene usted el latido y el acento y se mueve en la atmósfera de los auténticos poetas, que en una forma o en otra, y sin preocupación de lo que trae la moda de los tiempos ni el aplauso atolondrado, evaden sus poemas. Sus poemas son de los que alzan versos, como una fuente un chorro antes de llegar a ella, antes de entrar en ellos. Y esa calidad inmanente suya tendrá que tocar cuanto usted haga; y usted la ha puesto ahora al servicio poético de dos jóvenes y buenos poetas norteamericanos, mujer y marido, traduciéndolos al español.

Helen y Donald Fogelquist fueron y son para mí amigos excepcionales de vida y poesía. No recuerdo de ninguno de los dos nada personal que no haya sido perfecto en su

instante, para mí. Y yo tuve el placer de traducir también, como usted hoy, verso y prosa de los dos. De lo de Helen publiqué en revistas hispanoamericanas un cuento y varios poemas que merecieron algunas cartas de aprobación. Algún día yo daré también un librito de [8] estas traducciones que escribí y que sigo escribiendo. ¿No quiere esto decir cuánto me gusta lo que los dos escriben? Y quiere decir además que Helen y Donald Fogelquist permanecen en el ámbito de mis afinidades electivas por lo escrito y lo no escrito.

En su carta me hablaba usted también de Mary y Williant Roberts, que son también excelentes amigos míos y poetas agudos y exquisitos; y de los que he traducido también algunos versos. Es una suerte para usted y para todos ellos haberse encontrado en esa Asunción del Paraguay, donde tengo escondido otro amigo leal, un español que conocí en mi primera juventud y que todos ustedes conocen: Viriato Díaz Pérez, el heroico.

No sabe usted lo que le agradezco que quiera publicar unas líneas mías al frente de ese conjunto de traducciones. Para mí es un honor, y me da usted, con ese honor una alegría muy grande. Participar de algún modo en esa reunión poética paraguaya, me encanta. Si a usted le agrada esta carta quede unida a su libro.

Más gracias a los tres. Y mi enhorabuena para usted, amigo mío.

J. R. J.

Washington, 1 mayo, 46 [9]

Lassai di me la miglior parte a dietro...

Francesco Petrarca

[10] [11]

△▽

- I -

El portón invisible

Sobre todo, en arte se vive sólo
de las visiones infantiles, del
botín que cobraron los ojos nuevos.
Alguna vez he dicho que la poesía
es niñez fermentada.

Ortega y Gasset [12] [13]

△▽

El pueblo

A Regina Igel

Lo sueño, lo entresueño, lo persigo.
Para su acceso no hay más que el recuerdo.
Faltan los ojos puros, la inocencia.

Faltan los pies pequeños.

La calle larga, de calzada roja, 5
de la casa dormida en el silencio,
está en aquel lugar, acaso idéntica,
bajo idéntico cielo.

La que entreveo no es la misma calle
y se esfumina y se me pierde, lejos. 10

La casa del zaguán siempre cerrado
y oscuro de misterio;
la casa de la parra prodigiosa
de racimos que asedian los insectos
no existe ya. Lo sé. Ya es otra casa. 15
Ha cambiado de dueños:

La habitan hoy ancianas como brujas
horribles de vejez y de ojos ciegos. [14]

Acaso el pueblo es pura fantasía.
O un pueblo en que conozco a los espectros, 20
pero en el que los vivos son extraños
que nunca conocieron a mis muertos.

Pero lo sueño siempre, lo persigo,
y si jamás lo encuentro y recupero
para mirarlo, allí, palpable y vivo 25
como se ven, palpables, otros pueblos,
es porque es invisible, por llevarlo
adentro, adentro, demasiado adentro.
3 de abril de 1974 [15]

△▽

Patio

A Victoria Pueyrredón

¡Patio de aromas fuertes,
terco en mi pensamiento,
con estival murmullo
de siestas de febrero!

Si de un vivir mentido 5
voy a un vivir auténtico,
te recupero intacto
con tu color y aliento.

Muchos viajes, muchos
tumultos de otros pueblos, 10
y, sobre todo, muchos
derrumbes en el tiempo,
me hacen soñar dormido,
me hacen soñar despierto,
en tu lejano y verde 15
y mágico silencio.

A ti regreso, patio,
cuando en la vida, pierdo.
La sombra de tu parra
me hace sentir más bueno. 20 [16]

En ti me purifico,
me curo y recupero.
No importa que hoy no existas
más que en mis hondos sueños.

En ellos no estoy solo. 25
Hay alguien que es tu dueño.
Si este alguien nunca muere,
patio, serás eterno.
Marzo, 1977 [17]

△▽

El dueño de la parra

(A Don Manuel, el verdadero dueño)

Si pudieras volver, si regresaras
con tu inclinado busto, con tu noble
mirada y tu manera silenciosa
de andar, y, ya despierto, vuelto al mundo
y al aire de la vida, ansiosamente 5
quisieras ver tu casa, tu familia,
la parra de tu patio, los amigos
de la ciudad que vio crecer tus hijos...

Y entonces comprendieras que en tres décadas
transcurrieron tres siglos: que tu casa 10
pasó a manos ajenas; que tu esposa
yace en otra ciudad bajo la tierra;
que tu hijo mayor es un anciano
desmemoriado y débil, más anciano

que tú cuando gozabas contemplando 15
 su avance victorioso por la vida;
 que tu parra famosa, que a tus patios
 daba una larga sombra de cien metros, [18]
 sombra con su opulencia de racimos
 reventones de miel cada verano; 20
 que tu parra, tu orgullo, es un recuerdo
 que sólo hoy vive en tu cabeza muerta;
 que tus amigos -todos- los que antaño
 en la esquina rosada de tu casa
 se reunían sin falta a hablar del tiempo, 25
 de las buenas cosechas y las malas;
 que tus amigos, todos, bajo tierra,
 en cenizos ataúdes yacen:
 Entonces, yo a tu lado acudiría,
 te pondría una mano sobre el hombro, 30
 y te diría solamente: -Vamos.
 Tú y yo tenemos juntos un secreto:
 todo ese mundo tuyo que hoy no existe.
 Al no reconocerme porque tengo
 marchito el rostro y los cabellos grises, 35
 con voz muy baja te preguntaría:
 -¿No recuerdas que tú me diste un día
 toda tu parra y todos sus racimos?
 Ella, en mis sueños, sigue siendo mía...
12 de abril, 1972 [19]

△▽

Vida y muerte

A Hogla Barceló

¡Oh niñez con olor
 a sellos de correo,
 gomas de bicicleta
 y siestas de febrero!
 ¡El corredor, el patio 5
 en que jugaba y... juego;
 el balcón y la acera
 con vivos que están muertos!

¡Cómo el vivir es ir
muriendo con los deudos 10
que al inmovilizarse
siguen aún viviendo
en noches irreales,
la vida de los sueños!
8 de junio, 1977 [20]

△▽

Puerta del paraíso

A Jean-Pierre Barricelli

El patio de ladrillo
y tierra apisonada,
tenía un gran portón
que hacía el Poniente daba.
Entrar en ese patio 5
por el portón, causaba
una felicidad
nunca recuperada.
El loro allí era el centro 10
de una alegría mágica:
¡frescura de los pámpanos,
racimos de uvas blancas!
Aquel era el Vergel
secreto entre las tapias. 15
Pasión tenía el pájaro
por su amo y por la parra.
El amo le traía
con mimos la pitanza.
Su nombre era Don Pedro, 20
señor de buena fama,
honrado y humorista
y de mujer muy flaca. [21]
Nunca hubo en todo el pueblo
nariz tan colorada 25
ni boca tan sonriente
como las de su cara.
Don Pedro era festivo.
El loro lo miraba
con sus redondos ojos 30

tendiéndole la pata.

Mas se murió Don Pedro
de viejo, y en su cama.
Y se murió su enteca
mujer, como uva pasa. 35

Vinieron gentes feas.
La casa, rematada,
con el aro de fierro
colgado de la parra
y el loro en él posado, 40
pasó a manos extrañas.
El loro, viendo aquello
no quiso saber nada
y se murió de viejo
o se murió de rabia. 45

Sin loro y sin Don Pedro
triste quedó la parra.
Secose al poco tiempo
de vieja o de nostalgia. [22]

Tapiaron el portón 50
del patio de la casa:
¡Puerta del Paraíso,
quedaste condenada!
19 de abril, 1972 [23]

△▽

El loro dionisiaco

Durante treinta años
vivió bajo la parra,
bien firmes en el aro
de fierro las dos patas.

Allí tenía todo 5
cuanto necesitaba
su gárrula persona:
balcón, tribuna y cama.

El viejo alambre que
tras la botella clásica 10
el aro sostenía,
vibraba con la charla,

la grita y el fandango.
 ¡Botella que colgabas
 al pájaro impidiendo 15
 trepar hasta la parra,
 creyérase que siempre
 vertieras rubia caña
 para embriaguez perpetua
 del ave dionisiaca! 20 [24]

Dicen: murió de viejo;
 dicen: murió de rabia.
 Es falso: el pobre loro
 murió por otras causas.

¡Pregunten a la higuera, 25
 pregunten a la parra,
 pregunten al silencio
 en que se hundió la casa!
9 de agosto, 1977. [25]

△▽

El portón invisible

...Ed io non so chi va e chi resta...

E. Montale

En la fotografía busco el alto
 portón, aquel portón del viejo patio
 para ver si es que puedo introducirme
 en secreto, y quedarme allí, temblando,
 en espera de cosas abolidas. 5

Mas la fotografía sólo muestra
 el muro de ladrillo, a mano izquierda,
 y a la mano derecha, esas casonas
 que hoy como ayer están allí, en silencio,
 proyectando sus sombras en la acera. 10

Un muchacho moreno, muy delgado,
 con ágil paso avanza junto al muro.

Ese muchacho es hoy un blanco abuelo
 que habrá olvidado acaso aquella siesta
 en la calle desierta, bajo un cielo 15
 ardoroso de enero o de febrero.

-Muchacho: date vuelta; retrocede;

ve si puedes llegar hasta el portón [26]
 y abrirlo para mí. Tuya es la hora
 de esa remota siesta. Deja abierto 20
 el antiguo portón ahora invisible.
 Yo habré de entrar para quedarme a solas
 en el patio, mirando a todos lados,
 andando de puntillas hacia el fondo...
 Tú seguirás andando mientras tanto 25
 por la calle soleada y silenciosa.
 Yo, sin hacer ruido, al poco rato,
 saldré a la calle que ahora es toda tuya
 y cerraré con llave, para siempre,
 el portón de tu infancia y de mi infancia. 30
17 de junio, 1972 [27]

△▽

En la escalinata

Las doce gradas de la escalinata
 inundadas de sol a media siesta.
 Tres niñas -dos hermanas y una prima
 muy pequeña- sentadas, sonriendo.
 en la segunda grada reluciente. 5
 Las tres están descalzas. Una de ellas
 -la mayorcita- empuña una sombrilla
 que, abierta y encendida en luz muy nítida,
 sin darle sombra ni ocultarle el rostro,
 es como una aureola a sus espaldas. 10
 Su cabello abundante resplandece.
 La otra niña, mostrando ambas rodillas,
 muy quemada del sol de aquel verano,
 sabe que ya la máquina funciona,
 que en este instante la fotografían, 15
 y está como azorada y expectante.
 Centro del grupo, el mimo, las caricias, [28]
 la pequeñita esquiva la mirada,
 En las barandas las enredaderas
 con manojos de flores que echan lumbre, 20
 están perpetuamente embelleciendo

el instante estival eternizado.
 ¡Ah, la figura más feliz del grupo
 la niña cuya fúlgida sombrilla
 dibuja una aureola a sus espaldas, 25
 quedó sonriendo, niña para siempre,
 candor en que se suma la delicia
 de un verano florido y melodioso!
 Pero ella es hoy, en un lugar oscuro,
 breve esqueleto que tendrá, aún intactos, 30
 sus cabellos sedosos, sus cabellos
 que ya no crecen más ni al sol relumbran.
 4, abril 1981 [29]

△▽

Don Manuel, el patriarca

Ognuno sta solo sul cuor della terra...

S. Quasimodo

Nació en España. Vino al Nuevo Mundo
 con sus padres, severos castellanos,
 siendo apenas un niño. Una leyenda
 de oscuros infortunios y naufragios
 envuelve la memoria de esos padres 5
 de los que sólo quedan dos retratos:
 Él, con cerrada barba, de levita;
 ella, de luto, en las monjiles manos
 sosteniendo, devota, un libro negro
 del que cuelgan las cuentas de un rosario. 10
 Nunca el patriarca evoca los recuerdos
 de aquella travesía del Atlántico,
 ni del arduo triunfo en tierra extraña,
 que hubo de hacer un opulento indiano
 de su padre difunto. Nunca evoca 15
 el alto caserón de vastos patios
 en que vivió su adolescencia, y nunca
 las dichas y desdichas de esos años. [30]
 ¿Qué sucedió en su mocedad lejana?
 ¿Cómo vino la quiebra, el desamparo? 20
 ¿Qué fue de aquel señor de barba oscura

que se yergue, severo, en el retrato,
conquistador de una opulencia efímera
en un rincón del Sur americano?

Don Manuel, el patriarca, siendo joven, 25
y padre ya -para sus tres hermanos-
abandonó la Tierra Prometida
y vino al Paraguay. Con su trabajo
se abrió camino y prosperó. Su casa
vasta y feliz, con emparrados patios, 30
se llenó de la risa de los niños
y de la algarabía de los pájaros.
¡Qué misterioso, pienso hoy, ha sido,
aquel tío Manuel, de rostro santo,
que vivió en tres países tantas vidas 35
y parecía no tener pasado!

Fue su vivir, vivir día tras día
el drama de sucesos cotidianos:
los pequeños problemas y los graves,
con un valor tranquilo y resignado. 40 [31]

Tuvo un negocio grande y bien nutrido,
el mejor de la villa en muchos años.
Muchedumbres llenaban esa tienda,
de la villa, y de pueblos comarcanos.

Fue próspero y feliz. Todas las tardes, 45
tras el bronco tumulto del trabajo,
él podaba su parra o sus rosales,
o paseaba por su inmenso patio.

Su mujer y sus hijos y sus clientes,
-los ricos y los pobres-; sus criados; 50
sus múltiples ahijados y compadres
lo querían. Él era un hombre honrado,
un varón casi mítico: el patriarca.

En su huerta crecieron los manzanos,
las higueras y nísperos. Los frutos 55
de su huerta no fueron nunca ácidos.

En su ubérrima parra los racimos
fueron la miel de todos los veranos.
Sólo antes de su muerte, un mediodía,

habló de su niñez, triste y nostálgico. 60 [32]
 Habló del viejo caserón perdido,
 y sus ojos profundos se nublaron.
 Se vio en el Sur en florecido huerto,
 vio a su remoto padre castellano
 con su barba cerrada; vio a su madre 65
 desgranando las cuentas del rosario...
 Y acaso vio también el oleaje
 brillante de promesas, del Atlántico.
 1972 [33]

△▽

Domingos

A Graciela Delgado Holiday

...luoghi noti

se non che fatti irreali...

M. Luzi

Los domingos había allá una calma
 nunca recuperada en otros pueblos.

La palabra añoranza acaso tenga
 el sabor de esa dicha irrecobrable.

El color de la vida era el celeste 5
 del cielo abanderado de su pueblo.

Pasaban las muchachas misteriosas
 con sus madres. La misa era el destino.

En la plaza los árboles brillaban
 bajo el sol eucarístico, en el aire 10
 vibrante de campanas y estriado
 por vuelos de paloma.

Mi mundo estaba en una esquina blanca
 de calles silenciosas. Las calzadas
 temblaban al pasar de los jinetes. 15

No se oían carretas. Los domingos [34]
 descansaban los bueyes en el campo.

En la esquina sombreada por ovenias
 los tíos patriarcales, sosegados,
 ya desaparecidos hace tiempo 20
 de sus casonas de emparrados patios,
 se reunían y hablaban y reían

felices, a la sombra en sus sillones,
con la paz del domingo en la mirada,
y eternos en la fuga de las horas. 25
18 de octubre, 1973 [35]

△▽

Elegía

Ah non e piú per me questa bellezza

P. P. Pasolini

Allí el zaguán. Al fondo el patio verde
separado de la amplia galería
por una balaustrada toda blanca.
¿Dónde estarán las dos criadas mozas
cuyo canto llenaba aquella casa: 5
Lucía, la del mate mañanero
para el viejo señor de ojos azules;
y Luisa, que cuidaba de las jaulas
y daba de vivir a los jilgueros,
el tembloroso alpiste entre los labios? 10
¿Dónde, doña Isabel, la blanca dama,
que en esa mecedora, adormecida,
soñaba con los hijos que no tuvo,
y en cuyo inmenso caserón, los pájaros,
prisioneros en jaulas resonantes 15
compensaban la ausencia de los niños?
Años de enormes soles transcurrieron,
Maduraron las uvas de la parra [36]
verano tras verano. En la casona
un día y otro día y otro día 20
pasó fugaz la vida, siempre sueño:
los mismos cantos en las mismas jaulas,
y Lucía y Luisa, atareadas,
en el manso vivir de la provincia.
Hoy nadie, nadie, vive en la casona. 25
En las salas, los muebles polvorientos
evocan los fantasmas familiares.
Un pesado silencio allí se espesa.
Ha tiempo que callaron los jilgueros

en las jaulas vacías. Y la hierba 30
ahoga los rosales en el patio.
Sólo la parra, verde como siempre,
ofrece inútilmente sus racimos
que hoy nadie ve brillar entre los pámpanos. [37]

△▽

Don Pedro de Villarrica

1

Don Pedro está sentado, muy tranquilo,
frente a su casa, en su sillón de mimbre.
Tiene cincuenta años, nariz roja,
escaso el pelo y los ojillos grises.

La boca, grande, nunca se le cierra 5
porque la tiene siempre hecha sonrisa:
amplia sonrisa con destellos de oro.
Don Pedro está contento con la vida.

Este domingo tibio, de noviembre, 10
se ha tomado unos mates, ha charlado
con sus perros, sus gatos y sus loros
y está gozando ahora el espectáculo
de la calle. ¡Qué linda va Teresa
a la misa de nueve con su tía!

Teresita es su ahijada, como Lola, 15
como Ofelia, Isabel, Beatriz y Silvia.

Don Pedro no se queja, aunque le duele
que su mujer y él, ¡ellos tan luego!
tengan que resignarse a ser padrinos
y a amar con triste amor hijos ajenos. 20 [38]

-¡La bendición, padrino!- Teresita
le pide muy modosa, con las manos
unidas a la altura de la boca.

Él cumple con el rito de buen grado 25
como un obispo en su sillón, y exclama:
-¡Qué preciosa mi ahijada va a la misa!
En latín, los acólitos y el cura,
dirán tres veces: ¡Linda, linda, linda!

2

Pasan dos campesinos y saludan

sacándose el sombrero con respeto. 30
Pasa un jinete de montado blanco
y saluda también con el sombrero.
Pasa una crujidora, alta carreta,
y el carretero rinde su homenaje
con respeto aún mayor: es que Don Pedro 35
no sólo es poderoso, es su compadre.
Por el follaje nuevo de la ovenia
a cuya sombra está nuestro prohombre,
rayos del sol ya ardiente van colándose.
Mueve el sillón Don Pedro a un lugar donde 40
el sol no le moleste. [39]

-Con lo roja
que tengo la nariz -piensa Don Pedro-
no dejaré que el sol me haga cosquillas⁽¹⁾
donde resulto hermoso por lo feo.
-¡Qué domingo estupendo! Treinta años 45
pronto se cumplirán desde que vine,
edifiqué mi casa, abrí el negocio
y me casé. Los años más felices
son los aquí vividos -continúa-
-Y si no tengo hijos tengo ahijados. 50
Mi mujer no es gran cosa en cuanto a físico.
Pero la quiero. Es flaca como un palo.
Pero la quiero. Pobre mujer flaca,
si no la quiero yo quién va a quererla...
(Doña Isabel, en ese mismo instante 55
aparece en el marco de la puerta).
-¿Quieres, amor, un mate? ¡Lindo día!
-Lo lindo es la mujer que trae el mate
y con el mate la mejor figura-
contesta él, quién sabe si galante 60
por costumbre, o acaso convencido
de que flaca, Isabel, y con achaques,
dientes postizos y cabello escaso,
con toda su flacura tiene ángel.

Don Pedro acepta el mate y sorbe el líquido 65
verde y caliente por el tubo grueso [40]
de la bombilla de oro, y mientras sorbe,

le queda el rostro, unos segundos, serio:

la sonrisa feliz, por vez primera,
al desaparecer, se le fue adentro,

70

pero vuelve a salir, al fin del mate:

En ella brilla el oro de dos dientes
y una verdosa gratitud afable...

29 de noviembre, 1968 [41]

△▽

La plenitud de un día de esos años...

...Ma quel giorno non torna

Cesare Pavese

Inmenso ser viviente de alma verde,
veo cubrir la parra los dos patios.

Veo fulgir el sol entre sarmientos
y veo trozos de un azul diáfano.

Estoy allí, a la sombra de esa parra.

5

Siento el aire caliente del verano,
el olor de la tierra humedecida,
y la semiembriaguez de dulces vahos.

Mas yo quisiera ver la casa entera:
los muebles, los objetos de los cuartos

10

tales como antes, con su luz y sombra;
la sala en que dormía aquel piano,
la de grandes ventanas con postigos
biselados de sol curioso y cálido.

Quisiera ver el lecho en que he dormido
los sueños de mis días plateados.

15

Y despertar quisiera en la penumbra
del dormitorio, a algún domingo mágico, [42]

y salir a aquel aire amanecido,
estriado por los silbos de los pájaros.

20

¡Ver más, ver mucho más de lo que veo,
en lento film de todo ese pasado;
en la resurrección de un universo
en que hasta el musgo sobre el muro blanco
exige verdear en la memoria
en la restauración de todo el cuadro!

25

¡Y vivir otra vez, en un minuto
la plenitud de un día de esos años!
28 de diciembre, 1973 [43]

△▽

La noche inesperada

I

Subo la escalinata a pasos lentos
y llego a un corredor de alta techumbre.
Hay una puerta abierta. Hay otras puertas
que a amplias alcobas blancas dan acceso.
Voy hacia el comedor, en cuya estufa 5
se vio brillar un día una centella.
(Se hizo de noche de repente: el cielo
se derrumbó entre rayos y relámpagos,
y ante nuestro estupor, zigzagueante,
de la estufa surgió la enorme chispa). 10
De esto hace mucho tiempo. Lo recuerdo
mientras contemplo la espaciosa sala:
las vigas negras sobre el techo blanco,
los cuadros y los muebles impasibles;
el ventanal que, inmenso, de cristales 15
lucientes, es el marco de un bellissimo [44]
paisaje: el lago azul, los cerros verdes,
y, en la calle, un lapacho que se alza
con su fiesta de flores amarillas,
más doradas que el sol que las enciende. 20

II

Estoy solo. No se oye más que el trino
de pájaros bermejos en los patios.
Y cruzo el comedor porque sospecho
que afuera, junto al pozo enjalbegado,
me esperan; que este día recupero 25
la dicha de otro día muy lejano.
Debajo de la pérgola no hay nadie;
y, solitario, el pozo duerme mudo,
con un círculo negro allá en su fondo.
Regreso al comedor, miro hacia el lago, 30

pero no veo el lago, ni los cerros,
sino una niebla gris que avanza lenta.
Ya no cantan los pájaros bermejos.
Bajo la escalinata como huyendo
de no sé qué peligro. Y de repente 35
me encuentro aquí, en la noche inesperada, [45]
ajeno ya a aquel mundo, mientras suenan
dobles acompasados en las sombras.
Abril, 1981 [46]

△▽

Perdurable tertulia

Una dama, dos graves caballeros
y un mozo adolescente, en sus butacas
de claro mimbre o de madera oscura
aquel remoto día platicaban.
Lo testimonia una fotografía 5
que alguien sacó con una antigua cámara.
Frente al zaguán de la casona prócer
están, sobre la acera sombreada
por un árbol frondoso. Las imágenes
se van desvaneciendo. La mañana 10
de aquel día de sol más se adivina
que se la siente con su lumbre clara.
Yace a los pies del grupo un can oscuro
adormilado sobre la calzada.
Hay un enigma en la fotografía 15
que es el del niño que, junto a la dama,
en traje marinero, desdibuja
en la sombra, los rasgos de su cara. [47]
¿Quién sería? ¿Yo mismo? ¿Algún pariente?
Es su perfil una confusa mancha. 20
Mas la hora perdura todavía
con fijeza tenaz en la instantánea.
El grupo sigue hablando, misterioso,
y entre los caballeros y la dama
vibrar parece aún el aire quedo 25
con un temblor de voces y de almas.

Sólo el adolescente hoy sobrevive
y acaso viva el niño cuya vaga
figura, con su traje marinero
su identidad esconde a la mirada. 30

¡Oh, qué hermoso si en sueños visionarios
a aquel día remoto regresara
y, después de saludos y de abrazos
le viera al niño aquel la faz velada
y despertando al can adormecido 35
todo un mundo abolido restaurara!

5 de marzo, 1981 [48]

△▽

Extraña visita

Fue el regreso de toda la familia
al pueblo y a la casa de los tíos.
Después de tantos años, la visita
la hacíamos los muertos y los vivos.

A nadie este prodigio sorprendía. 5
No existía la muerte entre los míos,
porque o los muertos no se habían muerto,
o los vivos vivían otra vida;
o quizás, todos éramos espectros
volviendo a una soñada Villa Rica. 10

El pueblo era un milagro de hermosura:
había un resplendor sobre las casas
y una alegría y una paz profunda
en verdes patios de sombrosas parras.

¿Era un día domingo en primavera? 15
¿Era el pueblo de antaño u otro pueblo?
Imposible decirlo. Era y no era.
Su extraña maravilla era lo cierto. [49]

Por un zaguán de cal reciente entramos.
Vimos la galería -enjalbegada 20
también con cal reciente- acogedora.
La parra y los rosales en el patio
resplandecían bajo luz dorada.
Todo estaba en su sitio como otrora.

El gran perro ladró un instante y luego
sumiso y manso meneó la cola. 25

Era el *Pampa*, mi amigo de otro tiempo.
Cantaban los canarios en sus jaulas.

En el aro de hierro el papagayo
las palabras de siempre mascullaba. 30

Nosotros, dando voces, avanzamos.
Mas nadie respondía a nuestras voces
sino los ecos que en las vastas salas
oscuramente repetían nombres.

¿Dónde estaban los tíos? Nos miraban 35
curiosos, sus retratos taciturnos,
desde un día de bodas muy lejanas,
y sus miradas eran de otro mundo.

¿Nadie estaba en la casa? No importaba.
Ya vendrían más tarde. Nos reunimos 40 [50]
en el patio, y sentados en los bancos
conversamos los padres y los hijos.

Y estábamos alegres porque estábamos
juntos allí, los muertos y los vivos
como si nunca hubiera habido muertes 45
ni aun la de aquellos que se habían ido
y dejado la casa abandonada
aunque limpia y hermosa: el patio, verde;
blanca la galería, pura el agua
del hondísimo pozo, y las alcobas 50

recién barridas, con sus anchas camas
tendidas; y, con rosas, los floreros.

-Este racimo es para ti: el más grande
dijo un hermano muerto, y sonriendo
puso el racimo en manos de mi padre, 55
Cantaban los canarios en las jaulas.

Mascullaba el pintado papagayo
su escaso repertorio de palabras.

¿Dónde estaban los tíos? ¿No vendrían
felices de encontramos en su casa 60
sin previo aviso nuestro, y la familia
renovaría entonces los coloquios [51]

hacía tanto tiempo suspendidos?
La dicha familiar cesó de pronto.
Se oyó una voz en el zaguán vacío:
la voz no era de nadie, pero alguien
invisible volvía del olvido
oscureciendo de terror el aire.
26 de febrero, 1981

65

△

- II -

Rumor del Paraíso

*Toda poesía, si es verdaderamente
poesía, aunque esté compuesta por
palabras vulgarísimas y usadísimas,
sólo la entienden de verdad unos
pocos.*

Papini [54] [55]

△▽

El escenario

Io sono forse un fanciullo...

S. Quasimodo

El patio ardiendo, hermoso, al sol de enero,
con ese ardor luciente del verano
que lustra los sarmientos de la parra
y a las uvas convierte en yemas rojas.

Yo estaba, estoy, y habré de estar jugando
en ese patio cálido en que crecen

5

higueras y rosales paralelos
a los límites verdes de la parra.

Bajo anchos, frescos, largos corredores,
hay gentes que me observan y sonríen;

10

hay un patriarca anciano de ojos claros
cuya esposa, cuya hija y cuyos criados,
ven mi felicidad como un milagro
de inocencia, a la sombra de la parra.

En ese caserón ha mucho tiempo
que son los niños, hombres y mujeres.

15

Ahora soy yo la infancia que regresa

golosa de las uvas y los higos, [56]
 para alegrar el patio silencioso,
 como otros niños, antes, lo alegraron. 20

Soy la felicidad, y lo comprendo;
 soy el actor que representa un drama
 que se llama la Infancia, y sé que juego
 no sólo para mí mis dulces juegos:
 desde los corredores me contemplan 25
 y espero de ellos vítores y aplausos.

Un escenario es el patio ardiente
 y yo un héroe de seis o siete años,
 con gorro de papel, fusil de palo,
 vencedor de batallas ilusorias. 30

Por eso en ese patio, eternamente,
 estaba, estoy, y habré de estar jugando.
2 de diciembre de 1973 [57]

△▽

Lapacho al pie del cerro

Sueño, a menudo, con aquel lapacho,
 -gran ciudad de los pájaros del cerro-
 que, frente a nuestra casa, vigilaba
 el tranquilo vivir de nuestro pueblo.

Como garras potentes sus raíces 5
 hundíanse en la tierra, en cuyo seno,
 de entre duros peñascos sepultados
 sorbían el licor de su alimento.

Era un árbol tan alto, tan frondoso,
 que aun los mayores pájaros, de lejos, 10
 se imaginaban la mitad de un bosque
 que pretendía levantarse al cielo.

Los abanicos de sus ramas fúlgidas,
 -en primavera, rosa y terciopelo-,
 al soplo de la brisa se mecían 15
 con rumor de gran río soñoliento.

De esto hace muchos años. Yo solía
 salir por el portón cercano al cerro, [58]
 la escopetita al hombro, a media siesta,

y contemplaba el verde monumento
del que caían a la sombra lila,
flores de un rosa pálido, en silencio,
hacia una muerte tan suave y plácida
que su caída terminaba en beso.

1972 [59]

20

△▽

Pueblo bajo la lluvia

Cuando llovía el pueblo se envolvía
en un tul
rutilante, y se dormía.

Tendido junto al lago,
eran milagros
sus sueños.

Los senderos colorados
se volvían arroyos.

Los pétalos,
en potros de cristal encabalgados
iban brincando hasta caer al lago.

Y el pueblo en sueños, cuando el sol brillaba
levantando arco iris en el viento,

recordaba el milagro de la Virgen
con el Niño sediento, al sol de fuego.

Cuando llovía, el pueblo se dormía
y soñando milagros, sonreía... [60]

5

10

△▽

La casa

A José María Rivarola Matto

¡Cuántas veces me llevan
los sueños, persiguiendo
por esa casa, atisbos
de cosas de otro tiempo!

Subo escaleras; abro
pesadas puertas; veo
cuadros y antiguos muebles
de luto, polvorientos.

5

Voy a un balcón. Me asomo y desde allí contemplo el paisaje del río llovido de luceros.	10
Abajo es la tertulia. Frente al zaguán inmenso, la madre y las tres hijas en sillones de cuero.	15
Escucho. De sus voces apenas llegan ecos.	
Yo soy en esa casa un familiar espectro.	20
Cuando, en las galerías si alguna vez me encuentro [61] con la blanca señora y sus hijas, y quiero escapar, ellas (todas muy blancas y de negro)	25
sin hablar me sonrén.	
Y, en el aire del sueño yo también les sonrío y me voy disolviendo...	30 [62]

△▽

La voz esquiva

¡Esto de nunca poder hablar con voz verdadera, o porque ella se resista o porque acaso esté muerta!	
Tengo yo, no obstante, un pueblo bañado en luces de siesta, con casas y patios mudos y con misteriosas huertas.	5
Y ese pueblo me lastima el pecho con su belleza, no queriendo ser un mito que con mi vida se muera.	10
En una esquina, un portal se yergue en florida piedra, por la que muere de amor	15

una inmortal madre selva.

El portal se enciende en ansia
de una voz antigua y nueva,
que aspira a decir milagros
y sólo en ansias se queda.

20 [63]

¡Esto de nunca poder
hablar con voz verdadera
porque no existen palabras
o porque han nacido muertas!

1965 [64]

△▽

Domingo con domingos

¡Bondadoso domingo! Entre las hojas,
alto, brilla un azul benévolo y diáfano.

Tan felices los pájaros se sienten,
que apenas cantan, bajo,
para guardar en sí toda su dicha.

5

El día se parece
a algunos días mágicos de antaño
tanto más bellos cuanto más remotos.

¡Oh, si todo pudiera restaurarse
un domingo como éste!

10

¡Si se pudiera alzar los ojos desde el libro
y ver el grupo familiar, de pronto,
reunido allí, como antes, conversando
de cosas que no olvido;

oír la risa clara de la niña
que murió adolescente;

15

beber en vieja taza un té dichoso
y hablar con esos seres dispersados [65]

por la vida y la muerte,
llevando dentro un corazón intacto;

20

un corazón que ignora
que vivir es herirse, lacerarse,
y no cicatrizar sino muy poco,
lo suficiente para no morirse!

¡Qué día este domingo! ¡Cómo cantan

25

los pájaros, bajito, en los follajes!
Domingo, el 7 de agosto, 1970 [66]

△▽

Rumor del Paraíso

*Cerco un paese
innocente...*

Giuseppe Ungaretti

Cuanto más
se me aleja,
tanto más
su rumor
me envuelve en ondas.

5

Su lejanía se hace
tan sonora,
como campana que al crepúsculo
mezcla su son
a todo el cielo lívido.

10

El Paraíso es
sencillamente
una casa espaciosa
con un patio emparrado;

unas calles
que terminan en campo
y en silencio.

15

Y unos soles
colados entre pámpanos
que iluminan un rostro
levantado. [67]

20

△▽

El gigante y la niña

Aunque me parecía a mí un gigante,
era un gigante a todas luces bueno.

Vestía trajes claros, y tenía
una cadena de oro, que, recuerdo,
colgaba de un reloj, también de oro,
guardado en un bolsillo del chaleco.

5

De ojos azules y de pelo oscuro,

el hombre contemplaba nuestros juegos
 de pie, frente a su casa, que era enorme,
 y que tenía un gran balcón de hierro. 10
 A ese balcón, muy alto, se asomaba
 una niña de fúlgidos cabellos.
 Mi niñez hechizada no sabía
 qué era el amor, pero el amor primero
 bajaba del balcón con luz celeste 15
 y en luz celeste me subía al cielo.
 Un día aquel señor vistió de luto,
 puso un crespón en el balcón de hierro, [68]
 y nunca más lo vi mirar la calle
 desde ese día en que vistió de negro. 20
 Supe después que la preciosa niña
 un domingo de noche había muerto.
 Durante el resto del verano triste,
 día tras día, con afán secreto,
 yo busqué su figura, muy arriba, 25
 en la celeste inmensidad del cielo.
14 de marzo, 1981 [69]

△▽

La pregunta

A Guadalupe García

De noche, todas las noches,
 mirando el cielo pregunto
 cómo estarán los naranjos
 al otro lado del mundo.
 Cuando abraza el universo 5
 la piedad del plenilunio
 pienso en el patio desierto
 y en sus árboles oscuros.
 Allí pasea mi sombra,
 mudo espectro vagabundo, 10
 cuyo vagar estremece
 a los pájaros nocturnos.
 ¿Quién será? dicen las palmas,
 ¿Quién? la pérgola y el muro,
 ¿Quién? los naranjos sumidos 15

en el silencio profundo.

Y mientras ellos preguntan
al otro lado del mundo,
yo también, mirando el cielo,
todas las noches, pregunto.

20 [70]

△▽

El río

¡Oh tardes lejanísimas de estío
en que mi adolescencia hendía el tibio
fluir de tu corriente!

Entre buques pintados
de grises militares;

5

entre cadenas tensas
por la garra del ancla,

iba el muchacho aquel lleno de brío
como otro pez de tu cerúleo acuario

trazando una gozosa trayectoria
sobre tu superficie brillantada.

10

¡Qué pujanza tranquila en tu viaje
de iniciación y de llegada eternas

desde tus fuentes forestales
hasta la fluida sal de tu destino!

15

¡Qué generosa tu dación de vida
a lo largo de costas
que te tienden sus manos vegetales

y te saludan perezosas
mientras duerme el caimán sobre la arena!

20 [71]

△▽

Julián de la Herrería

Entre árboles y plantas no cuidadas
está el horno encendido.

Mientras espera la inminente hornada
de estatuillas, platos y vasijas

multicolores, el callado artista
pinta la vincha india de un cacique
de arcilla cruda.

5

Miro su calvicie
 prematura; sus ojos serios, mansos
 que hacen las gafas parecer muy grandes,
 y esas sus manos lentas, incansables 10
 en modelar la greda, greda humilde,
 que el fuego esmaltará en cristal luciente
 -Hijos no tengo -dice-; hijos de carne.
 La carne muere siempre... Acaso pueda...
 tener hijos de arcilla, algunos de estos, 15
 que nunca mueran...
 En el cielo oscuro [72]
 ya brillaban estrellas.
 El artista
 fue hacia el horno y abrió la roja fragua.
 24 de diciembre, 1968 [73]

△▽

El vergel

Sospecho que si pudiera
 más que recordar y *ver*
 con acuciosa nostalgia
 el abolido vergel
 cerrado, de aquella casa; 5
 y el largo patio, y aquel
 blanquísimo corredor
 que en siestas de mi niñez,
 contando limpios ladrillos
 solían medir mis pies; 10
 si pudiera, sí, vivir,
 vivir con todo mi ser,
 aguzados mis sentidos
 de niño y hombre a la vez,
 una hora, allí en la casa 15
 del abolido vergel,
 sospecho recobraría
 no sé qué voces, no sé
 qué entrevisión, qué vislumbre,
 qué estrella sobre Belén. 20
 28 de mayo, 1979 [74]

Baño

Floreada jabonera de vieja porcelana. ¿Es el jabón quien huele, o rosas coloradas pintadas en la loza de transparente nácar?	5
En la pequeña pieza, pequeña es la ventana: un triángulo brillante de sol, en la encalada pared, que en la penumbra parece ser más blanca.	10
Ladrillos forman piso de superficie grata, donde los pies mojados imprimen rojas plantas.	15
Sobre el banquillo yace planchada, la toalla. Del techo pende una suerte de gran campana con una cadenita que hace caer el agua. [75]	20
Con el jabón rosado me enjabono la cara, la cabeza, los brazos, y ya no veo nada.	25
Siento escurrir la espuma sobre pecho y espalda. (Pecho y espalda tienen tamaños de la infancia).	30
Jalo la cadenita, cae en mi noche el agua deliciosa. En el patio alguien me busca y llama: -¿Dónde estás? ¿Dónde estás? -¡En el baño, en el baño!	35

dice mi voz ahogada.
31 de mayo, 1979 [76]

△▽

Doña Sofía

(1930)

Doña Sofía Mendes, silenciosa,
en su sillón del corredor, reposa.

Como en sueños contempla el apacible
panorama del pueblo, a media siesta:

La alfombra verde con que el césped, tibio, 5
cubre la calle de empinada cuesta;

el cielo -muy azul- donde las nubes
urden algodonosos escuadrones...

-¿Va a llover? -se pregunta, adormecida.

La casa es grande. Vastos corredores 10
dan alivio de sombra a la fachada.

En el jardín frontal hay un aljibe.

La casa es verde. Larga balaustrada
cubierta aquí y allí de mallas finas

revela que en la casa hay gente joven: 15
las tres morenas hijas

y el Benjamín -un nadador sin miedo-
de pelo rubio y de mejillas rojas. [77]

Doña Sofía mira hacia el Oeste 20
como queriendo divisar el lago:

el lago al pie del cerro, cuya lámina
sirve de espejo azul al pueblo blanco.

¡El pueblo a media siesta!

¡Gloria de los veranos de sus hijos,
pueblo también de sus felices años 25

que en sangre suya hoy reverdecen...!

Ella

vive la vida de sus hijos.

Ella

ama con los amores de sus hijos.

Ella

no vive

para sí

su vida:
vivir para ella es reencarnarse
en ellos. 30

Doña Sofía Mendes, silenciosa,
en su sillón del corredor reposa.
-¿Va a llover? -se pregunta. Y le contesta
la cigarra, que es duende de la siesta.
6 de noviembre, 1978 [78]

△▽

Final de sueño

A Isidoro Calzada

Pasado ya el medio siglo
se despidió la inocencia
(La inocencia es infinita
en la vida del poeta).

El que la pierde ha sangrado 5
por un desierto de piedra,
pensando que iba marchando
entre rosales y adelfas.

Al fin de los ojos cae
la nunca advertida venda, 10
y el caminante comprende
que vivió sueña que sueña.

Y quiere seguir soñando
por el sueño de una senda
de rosales que soñaba 15
y de adelfas de inocencia.
10 de junio, 1979 [79]

△▽

Crepúsculo en el patio

-¿Recuerdas? -preguntó con un suspiro
los negros ojos húmedos mirando
el sillón del ausente junto al suyo.
-¿Recuerdas cuántas veces conversamos
en las últimas horas de la tarde 5
solos en el silencio de este patio?
Nos miraban con lástima los hijos

-¡Los dos viejos tan solos! -ignorando
que en nuestra soledad en el crepúsculo
la antigua intimidad recuperábamos. 10

Nosotros sonreíamos. ¡Tan solos!
Y nuestra soledad era un regalo
que al irse a sus amores nos dejaban.
Teníamos los dos nuestro pasado
tan dorado de amor que era muy dulce 15
en la sombra violeta recordarlo.

Junto al sillón que ha tiempo abandonaste
busco la verde soledad del patio. [80]

Y siento tu presencia. Los recuerdos,
los tuyos y los míos, son mi amparo. 20

Mis recuerdos conversan con los tuyos
y es como si estuvieras a mi lado.

Ha anochecido. ¿Sabes? En el cielo
se han encendido los primeros astros.

La noche es una amiga milagrera... 25

Yo, en voz muy baja, rezo mi rosario.
4 de febrero, 1974 [81]

△▽

El pozo

En torno al pozo blanco
de enladrillado viejo,
gira mi bicicleta.
Calienta el sol de enero.
La resolana inunda 5
los corredores. Lejos,
hacia el fin de la parra
cuajada de reflejos,
alguien me espera y llama.

No sé quien es. Los ecos 10
de la voz, a mí llegan
en mensaje secreto.

Mas ahora yo, sonámbulo
en la siesta, no acierto
a saber si la voz 15
me viene de allá lejos

o del fondo del pozo
cuyo brocal se abre
al ciego sol de enero.
¡El hondo pozo blanco
tiene misterios negros!
1º de junio, 1979 [82]

20

△▽

Futuro

Y volveré a mi tierra
la vida casi terminada.
Amor, éxito, gloria,
ya no tendrán sentido.
Vivir será mirar los pocos años
pasar, y prepararse...
Habrá cielos azules, primaveras,
habrá días hermosos,
esos días
para niños y viejos.
Y al fin vendrá la Inevitable.
Entonces
nada habrá, nada habrá, sino silencio.

5

10

16 de febrero, 1980

△

- III -

El canto del aljibe

[84] [85]

△▽

La parra

Grappe et pampre, la branche...
Van Lerberghe

I

Iba de calle a calle la casona
y su parra cubría los dos patios.
¡No pediría hoy más que su techumbre

de pámpanos; el brillo de sus uvas
que asedian las abejas; la luz mágica 5
del sol, tenaz, buscando entre las hojas
la núbil golosina que en noviembre
madura poco a poco en miel caliente!

Al final de la parra está el aljibe
y, dentro de él, un círculo celeste 10
copia el vuelo fugaz de las palomas.
¡Ir del aljibe al corredor lejano:
arriba, los sarmientos y racimos;
a ambos lados, higueras y rosales, [86]
y, en el aire, el silencio y la canícula, 15
el duende de las siestas, la cigarra!

Si no está el Paraíso en el futuro,
en el pasado está, perdido a medias:
mi infancia vivirá mientras yo viva
y habrá sobre ella una encendida parra: 20
lejano cielo verde sobre el mundo.
XII, 1968 [87]

II

La otra noche soñé con ella: estaba
silenciosa la casa como siempre.

Yo miré sus tejados desde arriba
porque el sueño era un sueño y yo era pájaro. 25
Casi negras las tejas, y musgoso
el antepecho del aljibe blanco.

La parra no existía: unos sarmientos
oscuros se morían de tristeza
sobre el gran esqueleto ennegrecido 30
que era antaño telar de su verdura.

Descendí hasta el brocal, miré hacia adentro:
sólo hallé oscuridad y telarañas.

Lancé un grito esperando antiguos ecos,
pero siguió el aljibe ciego y mudo. 35

Volví a mi hoy, y entonces como antaño,
lejanamente vi la parra verde,
sus maduros racimos y su sombra.
Y deseché los sueños, no el recuerdo.

III, 1969 [88]

△▽

Higuera y Parra

La higuera abrigada, con hormigas
ciegas de sol y hambrientas, por sus ramas.

En la tierra bermeja, reventones,
higos maduros casi negros, yacen.

Yo miro hacia la parra y mi codicia
vacila entre racimos que no alcanza

5

y las frutas yacentes en la tierra.

Un grito en la distancia con mi nombre,

dentro

como en la luz del sol

el disco

es centro de una voz de inmensas llamas:

10

Me llaman desde un corredor muy blanco
todo aureolado del resol de enero.

Yo abandono la higuera a las hormigas
y llevo un higo verde hacia aquel grito.

1970 [89]

△▽

Proyecto de poema

Un poème c'est bien peu

de chose...

R. Queneau

Tenía:

mi madre en la casona vieja,
entre las cuatro y cinco de la tarde,

Que se la pueda ver a sus ochenta
y tantos años, pulcra y sosegada,
leyendo en su sillón del corredor.

5

Que el corredor se haga imaginable:
largo, con sus baldosas coloradas
y las que han sido más o menos blancas.

Que, como fondo, el patio sea intuible
con las palmas, la parra, el jazminero,
el aljibe en el centro.

10

No abusar de detalles:
 lo esencial es la dueña de la casa
 leyendo en su sillón.
 Rostro moreno,
 hermoso todavía, 15
 capaz
 de la alegría más vivaz
 como de la tristeza
 más discreta. [90]
 El cabello rizado, todo blanco. 20
 El aire de la patria, dulce y ácido,
 ha de sentirse en torno a su figura.
 Y no olvidar:
 que a pocos pasos de ella
 brinquen y píen cuatro o cinco audaces
 gorriones, reclamando 25
 las migajas rituales de la tarde.
 Si pudieras pintar ese retrato
 con las palabras justas,
 estarías allí, en la vieja casa,
 vencedor de tu exilio y, para siempre, 30
 con tu tiempo mejor recuperado.
Mayo-junio, 1970 [91]

△▽

El canto del aljibe

A Graciela Flores

Follajes de una parra, un jazminero,
 un mango viejo, son su verde toldo.
 El toldo de este patio da vislumbres
 del gran toldo del mundo, añil al fondo.
 Duras raíces de árboles añosos 5
 hacen saltar baldosas o las quiebran.
 No importa. El piso irregular adquiere
 una belleza húmeda y antigua
 desnivelado como está por fuerzas
 tropicales pujando por más vida. 10
 Es de mañana. Vibra el aire fresco
 con rumores de siempre, cotidianos:
 la lechera que viene con sus tarros;

el mozo panadero
 hablando con la criada; los gorriones 15
 que pían en la parra o sobre el piso
 pidiendo sus migajas; el silbato
 del tren que sale o llega desde lejos; [92]
 el paso de un tranvía; los pregones,
 de un vendedor, descalzo, de periódicos. 20
 Pero no hay un rumor, un son, un himno,
 un canto tan beatífico y doméstico
 como el que llega del aljibe.
 El balde
 asido a la cadena, va por agua.
 Despierta la roldana: cada golpe 25
 de gastado eslabón le arranca ecos
 de medio siglo de horas matinales.
 Dentro, el oscuro ámbito se llena
 de chispas; la roldana, que ha parado,
 da marcha atrás.
 Y, tensa la cadena, 30
 sube al brocal el agua amanecida.
 Mayo, 1970 [93]

△▽

Reloj de plata

A José Pascual Buxó

En lo incierto del sueño de repente,
 brilla el reloj de plata sobre el mármol.
 Cuarenta años hace que no existe,
 que se ha perdido este reloj de plata.
 Y, sin embargo, ahora, allí, reluce 5
 como medía el tiempo viejo.
 Fue este el primer reloj que regalaron
 al hermano mayor, entonces mozo.
 También ahora a él lo veo, joven,
 tersa la tez, negrísimo el cabello, 10
 relucientes los ojos, y la boca
 abierta en ancha risa veintenaria.
 Con un rumor de insecto sobre el mármol

fulge el reloj de plata. El mundo es nuevo:
ha renacido mi niñez intacta 15
en el cristal de la pequeña esfera.
Señor, ¿hay otra vida
para el hombre mortal tras de su muerte, [94]
o es la vida vivida la que dura
en trasmundo distante, incorruptible, 20
y nuestra muerte es el principio de una
recordación eterna de la vida?
Junio, 1971 [95]

△▽

Primer recuerdo

(1919)

Primero fue la lluvia.
Fue la ilusión primera.
Vi una puerta entreabierta
que daba a un patio.
Vi sobre baldosas
crearse y deshacerse 5
copas brillantes, sin ruido.
Vi las mojudas plantas,
vi el paredón mojado,
vi el viento impetuoso
que aplastaba 10
las copas instantáneas sobre el piso.
Vi contra el cielo oscuro
un tremolar de sábanas de fuego.
Vi el agua, el agua interminable
sobre los vahos del verano. 15
Vi, dentro, luz eléctrica:
vi unas figuras vagas
mirar la lluvia.
Yo, tras cristales húmedos,
estaba, en brazos fuertes, mudo y tibio. 20 [96]
Afuera, la frescura
y la cristalería renovada
sobre el piso.
Y viento rápido

que iba y volvía impetuoso...

Fue la ilusión primera.

25

Fue el del mundo.

1962 [97]

△▽

Jardín botánico

(1921)

A. F. P. M.

Alguien sobre un caballo al trote largo
entre árboles veloces
me conduce en zigzags de sol y sombra.

En un claro del bosque oigo bullicio
de baile, carcajadas y violines.

5

Me hallo solo, de pronto, en un sendero.
(¿Y el caballo, por Dios, qué es del caballo?)

El bosque está en silencio. El sol declina.
Bajas, en el crepúsculo chirrían las cigarras.

¿Se han ido todas las muchachas altas,
y con ellas mi madre -joven, ágil-
y los hombres de blanco con los cestos,
los violines y el agua?

10

Oigo venir el tren. Veo a lo lejos
subir a todos.

Corro.

Grito.

Lloro.

15

Nadie me ve ni siente. [98]

Atrueno el aire
el resollar del tren.

Con gran esfuerzo
me aúpo en el estribo enorme y duro.

Y en este instante el tren se pone en marcha.

1970 [99]

△▽

Traje marinero

(1922)

De una sala de viejas

señoras estiradas,
 voy, solo, a una terraza.
 Veo un parque.
 Hay un jardín. Hay una escalinata.
 Bajo la escalinata lentamente. 5
 Mi traje marinero
 es azul muy oscuro.
 Llevo la gorra en una mano,
 llevo en la otra confites de la sala.
 Llego al jardín. Camino sobre el césped. 10
 Y entonces veo a las muchachas.
 Tomadas de las manos
 cantaban y cantaban.
 Y de pronto me vieron
 y cantando formaron ronda doble 15
 en torno a mí, muy altas, muy hermosas.
 Sobre todo, muy altas. [100]
 (Después de muchos, muchos años,
 todavía las veo sobre el césped
 muy altas, y cantando. 20
 Y yo las miro desde abajo,
 vestido con mi traje marinero,
 la gorra en una mano
 y en la otra, confites de la sala). [101]

△▽

Villarrica

(1926)

Temprano me levanto
 Villarrica.
 Temprano en la ciudad circunvalada
 por el campo, invadida por el campo.
 La invaden las carretas con sus frutos:
 sus sandías lustrosas, sus melones 5
 fragantes, su mandioca
 que es tierra o casi tierra
 por fuera, aunque por dentro es casi leche.
 La invaden. Son el campo. Son el barro
 de los rojos caminos. Son olor de *capuera* 10

en sus bueyes impávidos. ¡Son patria!
 Los carreteros traen detenido en el poncho
 y en la humedad insomne del rocío,
 el cansado mirar de las estrellas
 que ya van ocultándose. 15
 Yo me he escapado de mi cuarto
 y he salido en puntillas.
 Húmedo el patio todavía.
 Dormidos todavía los criados.
 Y en la penumbra 20
 la bicicleta, en el zaguán, dormida. [102]
 Ya por las calles no pavimentadas
 las llantas van dejando blandas huellas
 entrelazadas, como de serpientes.
 Mi bicicleta va al encuentro 25
 del campo, de la aurora.
 Y sobre un par de ruedas rumorosas
 descubro que en la madrugada fresca
 el reloj de las horas más felices
 tiene doble cuadrante. 30
 Los pedales son alas.
 Y yo soy libre.
 ¡Vuelo!
 1962 [103]

△▽

Tienda y zaguán

(1930)

A Juan Manuel Marcos

Es tienda vasta y fresca,
 que huele a yerba mate
 y a media siesta.
 Hay de todo: cartuchos de escopeta,
 paños, telas, 5
 machetes y cuchillos
 y hasta felicidad, en las vidrieras.
 Junto a la tienda hay un zaguán que apenas
 se puede recordar sin un suspiro:
 larguísimo zaguán. (Tal vez un laberinto 10
 que hizo una sola de sus anchas calles

y se cubrió de techo negro y alto
para hospedar murciélagos).
Tiene piso de tierra colorada.
Hay tacuaras enormes sobre el piso. 15
-¿Tacuaras? -Sí, bambúes.
Y las tacuaras duermen noche y día
un infinito sueño de inocencia. [104]
-¿Un sueño de inocencia?
-Sí, de inocencia. Un sueño de tacuara. 20
Por el zaguán no entraba nunca gente.
Su oscuridad y su silencio
se han embebido de humedad,
de soledad
y de misterio. 25
-¿A media siesta había allí esas cosas?
-Sí, y mucho más al terminar el día.
Me gustaba la tienda; me gustaban
sus olores, su yerba,
sus vidrieras. 30
Pero el zaguán aquel donde dormían
las tacuaras su sueño de inocencia,
era un rincón del Paraíso.
Allí quedó esperando
una niña de luz mi sueño de hombre. 35
-¿Niña de luz en el zaguán de tierra?
-Sí, en el zaguán de tierra colorada
y techo negro y alto con murciélagos...
Julio, 1970 [105]

△▽

El hombre feliz

Supongo que hoy serás otro esqueleto
blanco, como cualquier otro esqueleto.
Pero no hace diez años todavía
que eras un hombre único y dichoso.
¿Qué te hacía feliz hora tras hora, 5
día tras día? ¿Tu mujer, la pobre?
¿Tus cuñados bribones? ¿Tus sobrinos
políticos, aún peores

que sus padres? Vampiros unos y otros
 te chupaban la sangre en las tinieblas 10
 mientras dormías con el sueño blanco
 de los justos, al lado de tu esposa.
 Todos te traicionaron. No veías
 la maldad, la falsía, la bajeza;
 y, cuando falleciste, 15
 tu mujer fue la víctima de quienes
 prevariándose de ella te esquilmaran.
 Ella murió después en la miseria, [106]
 perdida la razón, en un tugurio
 en el que una criada compasiva 20
 albergó a la señora de otros tiempos.
 ¿Qué te hacía feliz, allá en tu pueblo...?
 -Bueno... Mi casa era una hermosa casa.
 Tenía corredores espaciosos,
 canarios amarillos en las jaulas, 25
 cardenales de fuego y otros pájaros.
 Bajo la parra verde un loro verde
 parecía más verde todavía.
 No todos eran malos en mi casa:
 la criada de que hablabas era un ángel. 30
 Entre risas y cuentos
 me cebaba los mates de mañana
 en el patio, a la sombra de la parra.
 Y yo quería a mi mujer. Sabía
 que no podría ser de otra manera. 35
 Mi pueblo era tranquilo y amistoso.
 Durante el día el sol, la gente, el aire,
 el ruido de la vida me embriagaban.
 Era feliz con tanta luz a cuevas
 bajo aquel cielo siempre de verano. 40 [107]
 ¿Qué más quería? En cambio, ahora, mira...
 Ni aire, ni luz, ni vida... ¿Entiendes?
 ¡Nada!
Julio, 1970 [108]

Mirando casas

(California)

Miro esas casas. Mírolas cada día, de siesta,
con sus patios de sol, de palmeras y paz.
Mucho hay vivido en ellas como en otras que
he visto
en un ayer que ahora se hace un hoy fantasmal. 5

Mucho hay vivido con recogimiento y mansa
inconciencia del numen que nos roba el vivir.
Las miro. Aquí en la tierra veloz no tienen
prisa
y sus puertas invitan a una vida feliz. 10

El automóvil pasa. Contemplo, enternecido,
sus patios, sus fachadas, sus tejados, y
estoy
renaciendo a unas siestas antiguas, y
avanzando 15

por patios como esos, tibios del alto sol;
por corredores donde mi niñez se dormía
con una plenitud cansada de alegría.

Y desde el automóvil les digo adiós, temiendo
que si vuelvo los ojos al asiento vecino, 20

yo, que segundos antes viajaba solo, ahora
tenga la compañía turbadora de un niño: [109]
de un niño que no existe desde hace muchos
años,
para el que estos recuerdos no pueden ser 25

extraños.

Julio, 1967 [110]

△▽

Anticipación

¡Ir y ver cielos, campos, ríos, árboles,
calles, mañanas, tardes, noches, gentes!
¡Ir y ver y pisar la dulce tierra madre!
¡Reconocer en el tumulto
-cuando golpea el corazón y nubla 5
la mirada insegura
esa ansiedad de los reencuentros-

reconocer en el tumulto
entre el gentío
del caliente aeropuerto, 10
el rostro avejentado
de arrugas aún más hondas y de mirar de lágrimas;
o ver, por vez primera,
el rostro adivinado
de un niño de mi casta 15
que apenas habla y llora;
oír voces, preguntas,
bienvenidas!
¡Y hundirme, hundirme en el tumulto
entre brazos y rostros, 20
entre saluciones y sollozos; [111]
hundirme, reintegrado,
vuelto ya, al fin, al aire
de fuego y de naranjos de la patria!
XII, 1965 [112]

△▽

Siesta aldeana

A Laurel Cortés

Soportales. Silencio. Caballos ensillados
frente a la casa grande de la esquina. La
siesta
no adurmió todavía a la gente del pueblo.
Bajo los soportales se ven varias familias 5
que perezosamente conversan. Si te paras
a escuchar el murmullo de sus lentas
tertulias
oirás la lengua indígena mezclada al
castellano 10
que los conquistadores enseñaron al indio.
Ese sol que en la calle calcina al arenoso
pavimento, no puede ni acercarse a las
puertas
de las viejas moradas. Los soportales urden 15
generosa defensa de frescura y de sombra
hasta el límite mismo de la ardiente calzada.
Un caballo relincha impaciente. Su dueño

sale a la calle y mira el sudor que lo cubre.
Entonces lo conduce bajo un árbol frondoso, 20
le quita la montura y lo deja a la sombra. [113]

Poco a poco la gente se esconde en sus alcobas
y se duerme en la calma sin ecos de la aldea.
Ni los perros se pierden la dicha de la siesta
y aun los gallos se olvidan de su horario de canto. 25

Sólo el sol continúa despierto, calcinando
la calle, los tejados, los bancos de la plaza.

1966 [114]

△▽

El árbol siempre verde

¡Hace cuarenta años su tronco es viejo y
fuerte!

¡Hace cuarenta años su fronda es verde y
joven!

Sus ramas no se cansan de ver las estaciones 5
venir una tras otra a renovar su fronda.

Y tanto ayer como hoy, ofrece, generoso,
al viento que lo mece sus infinitas flores.

Allí está igual que siempre. Nosotros, la
familia, 10

a que dio la hermosura de su azulada sombra,
no somos la familia que antes fuimos. Algunos
yacen bajo la tierra donde él encuentra vida
y son apenas polvo, lejos de sus raíces.

Otros están ya viejos y viven encorvados 15
una vida que es sólo resoñar de recuerdos.

El árbol, fiel amigo, por los que ya se han
muerto

y por los que perdieron la juventud y el dulce
verdor de la esperanza, florece cada año 20
y hoy sigue igual que antes: florido,
erguido y verde.

1966 [115]

△▽

El desterrado

Cuando iba él por la ciudad de sus destierros
le perseguía un hombre con un hacha
al hombro.

Le obsedían espumosos caballos
que navegaban en torrentes;
o enflaquecidos niños 5
o, su padre, escribiendo

No estaba nunca solo
pero la soledad más lóbrega y poblada
lo perseguía sin dejarlo nunca.

Amigos, sí, tenía: lejos. 10

Les escribía largas cartas
sin respuesta.

Él gesticulaba
por la ciudad extraña
para espantar las sombras del asedio.

Cuando murió, vinieron sus amigos 15
o le escribieron cartas.

El hombre con el hacha le hizo una cruz
enorme
de quebracho.

Y una estampida
de caballos cruzó un desierto oscuro. [116] 20

Niños enflaquecidos miraron hacia arriba.

△

Y el padre del poeta lo vio venir, de abajo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo